

"NEW DEAL" CHILENO



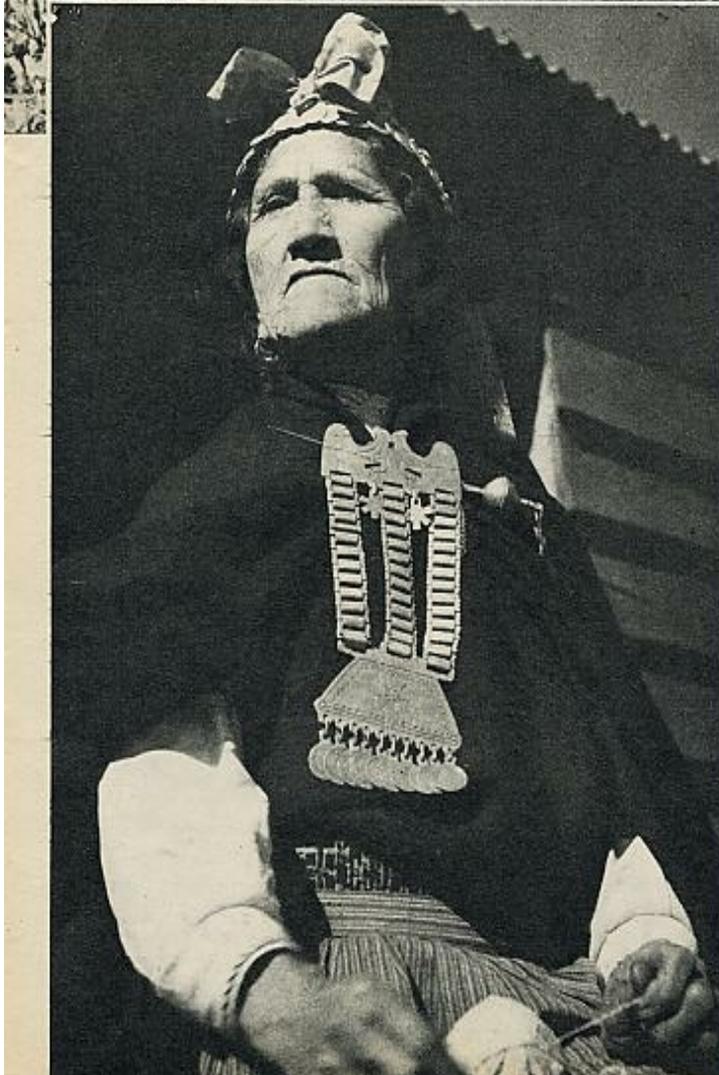
Arriba, campesinos trillando a yegua en una finca de O'Higgins. Abajo, a la derecha, una anciana araucana. Ellos serán los beneficiarios de esta revolución.

FREI Y SU REVOLUCION EN LA LIBERTAD

**LA GRAN OPORTU-
NIDAD DE LA DEMO-
CRACIA CRISTIANA**

Por **MARCEL NIEDERGANG**

El Presidente chileno, Eduardo Frei, ha realizado un viaje por Europa. Ha venido en busca de ayuda y de comprensión para la experiencia política y social que su partido, el demócrata cristiano, está realizando en su país. Según las informaciones, Frei ha obtenido lo que buscaba. La visita más importante fue a Pablo VI, quien le recibió en el Vaticano. El Papa felicitó al Presidente y le mostró sus más sinceros deseos de éxito. Frei pidió a Pablo VI que intercediera ante la Iglesia Iberoamericana para que ésta «actúe más directamente en la solución de los agudos problemas sociales de los países Iberoamericanos». Con motivo del viaje del más alto magistrado chileno ofrecemos en estas páginas una semblanza de su personalidad y un reportaje sobre los problemas políticos y sociales de Chile. **SIGUE**



EL HOMBRE DE LA CHILENIZACION



GABRIELA Mistral había dicho: «Un día, Frei será Presidente de Chile. Yo estaré muerta, pero me removeré en mi tumba para aplaudirle». La predicción de la gran poetisa se ha cumplido. Desde el 4 de septiembre de 1964, Eduardo Frei Montalva ejerce la más alta magistratura de la República de Chile. De procedencia suiza —su padre era originario del cantón de Zurich—, nació en Santiago, el 16 de enero de 1911. Estudió la carrera de Derecho. Durante su época de estudiante daba clases particulares para poder pagar sus cursos. Accede a la vida política activa en 1944. Desde este año hasta 1964 forma parte, en diversas tareas públicas, de los Gobiernos Ríos y Duhaldé. Pero su vocación política se manifiesta desde muy joven. Su tesis doctoral trataba de «El régimen del asalariado y su posible abolición». Uno de sus primeros libros —ha escrito cinco, políticos y literarios— se titulaba «Todavía estamos a tiempo» y describía con rigor las condiciones de vida miserable de gran parte del país, reclamando una reestructuración democrática: «La mejor manera de defender la democracia es luchar enérgicamente contra la miseria», proclamarla más tarde.

Nombrado senador, en el año 1946, de la provincia de Norte-Chico, tuvo ocasión de comprobar sobre el terreno la miseria de esa zona desértica, al Norte de la capital. Posteriormente, es elegido senador por Santiago de Chile. En las elecciones presidenciales de 1958 consiguió alcanzar el tercer puesto en las urnas.

Cristiano reformista, crea, en 1957, su propio partido político, el demócrata cristiano de Chile, pues «es imposible gobernar en América latina sin ideología, y la única ideología que puede oponerse al marxismo es el cristianismo». Los Estados Unidos ven en él el hombre que, desde Chile, puede obstaculizar el avance del comunismo y del castroismo. Pero Eduardo Frei puntualiza: «Ustedes los americanos conocen una categoría de comunismo y nosotros, los demócratas cristianos, otra. Conocen un comunismo expansionista, imperialista, militarista. En los Estados Unidos no existe como fenómeno social, no está arraigado en el pueblo. El comunismo que nosotros conocemos en Chile es totalmente diferente. Es, ante todo, un fenómeno social y político. Es un partido que existe en el interior de la masa popular. Y lo que es verdad en Chile, lo es en toda la América latina. El comunismo social no podrá jamás ser vencido por la represión. Los comunistas, en los países pobres, defienden los cambios profundos de estructura. Y si ellos ganan terreno es porque, generalmente, no hay otra fuerza política que los defienda con tal vehemencia. Aquí, en Chile, no son los únicos. Pero mientras ellos afirman que estos cambios no pueden tener lugar más que confiscando la libertad, nosotros, demócratas cristianos, estamos a punto de demostrar que la revolución puede llevarse a cabo en la libertad». Este es el fundamento de la originalidad política de Frei, que se ha convertido en el líder de la tercera fuerza «reformista» de América del Sur.

En su vida privada es un hombre de gustos sobrios, moderados; también en esto difiere sensiblemente de la tipología habitual de Jefes de Estado sudamericanos. Casado en 1937, con María Ruiz Tagle, vive, desde el día de su matrimonio, en un chalet de las afueras de Santiago. A raíz de su nombramiento como Presidente, rehusó utilizar el palacio de la Moneda y prefirió seguir viviendo en su antigua casa. Tiene siete hijos —tres varones y cuatro hembras, una de las cuales es religiosa en Roma—. Le gusta el deporte y practica el lanzamiento de jabalina. Católico ferviente, lector de Jacques Maritain y de las doctrinas sociales de la Iglesia, Frei es profesor de Derecho de la Universidad católica de Santiago.

A los pocos meses de ser elegido Presidente puso en práctica la política que había prometido durante el programa electoral: «chilenizar» el país. Durante seis años, este hombre estará al frente de los destinos de su país, firme en su idea de que la «tercera vía» es posible en América del Sur y, concretamente, en Chile.

NEGAMOS el dilema. Nos negamos a escoger entre el capitalismo opresor y el marxismo-leninismo impuesto. Creemos que existe una tercera vía, la de la revolución que se realizará por la libertad. El fin es el mismo: se trata de transformar estructuras arcaicas e inadaptadas. Pero nosotros, los demócratacristianos, creemos que los medios para llegar a ello no pueden ser indiferentes. Las libertades esenciales deben ser reservadas...».

El doctor Eduardo Frei, Presidente de la República chilena y líder de una democracia cristiana que se quiere ejemplar para toda América latina, no ha cambiado. Permanece fiel a la inspiración profunda que le animaba cuando militaba en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) junto a algunos de sus compañeros de hoy: Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Manuel Garretón y Manuel Francisco Sánchez.

Presidente desde 1932 de la ANEC y presidente, hasta 1934, de la Juventud de Acción Católica chilena, Eduardo Frei se ha referido siempre a la filosofía de los universitarios reunidos en torno del reverendo padre Vives y a los fundadores de aquel grupo llamado Falange Nacional, que fue el germen de la democracia cristiana chilena. Lo que ha cambiado ha sido el partido demócrata cristiano mismo...

un pan, un techo, una camisa

Durante cerca de un cuarto de siglo, el partido demócrata cristiano no fue más que un apéndice del partido conservador que se esforzaba por aumentar su influencia, no solamente entre la burguesía tradicional, sino también en los medios obreros y campesinos. Los progresos fueron lentos, laboriosos y desiguales.

Por aquel tiempo, la organización era tachada de «fascista» por la izquierda, ya muy estructurada y organizada. En 1938, Chile fue el primer país de América Latina en tener un Gobierno de frente popular, en tanto los líderes militantes hacían la ley todavía en numerosas Repúblicas vecinas. La experiencia duró poco; en el fondo de su corazón, los jóvenes dirigentes de la democracia cristiana aprobaban ya el «slogan» populista: «Un pan, un techo, una camisa». Pero el desarrollo del partido no pudo lograrse, debido a que la Iglesia era considerada entre las masas como una fuerza política arcaica y reaccionaria.

La causa de la expansión demócrata cristiana ha sido en Chile la renovación espectacular de la Iglesia. Convertido en un partido policlasista, suscitando activas simpatías en las zonas mineras y entre los trabajadores de las grandes propiedades agrícolas, tanto como entre la pequeña burguesía de Santiago y en las universidades, la democracia cristiana es hoy una de las primeras formaciones políticas de América Latina que disponen de numerosos comités de estudio encargados de analizar seriamente las realidades económicas y sociales.

los curas chilenos y las chabolas

En 1965, los curas chilenos se presentaron en las «callampas» (las zonas urbanas de chabolas) y esta acción fue aprobada y alentada por la Jerarquía. En América latina, en el Perú, en Colombia, en América Central, los que se atreven a tomar partido abiertamente por los pobres gentes de las chabolas son considerados como unos sucios «snobs». En Chile, el ejemplo vino de arriba. El cardenal Silva Henríquez, arzobispo de Santiago, creó un instituto de promoción agraria, el INPROA, dirigido por jóvenes técnicos competentes y entusiastas.

Monseñor Larrain, obispo de Talca, amigo personal de varios obispos franceses y relacionado con la comunidad protestante de Taizé, repartía sus actividades entre la reforma agraria y la presidencia del Comité Episcopal Latinoamérica, en Santiago. El reverendo padre Vekemans, de la Compañía de Jesús, director del Centro de Investigación y de Acción Social, fue también, aunque él trata de negarlo, una de las personalidades más influyentes del «brail-trust» que condujo a Eduardo Frei a la victoria presidencial.

«Esta nueva actitud de la Iglesia en Chile —reconoce Eduardo Frei— es un elemento determinante... Para lograr una revolución pacífica es necesario que no exista ninguna intervención de la Iglesia en la política, ninguna confusión entre lo espiritual y lo temporal. Pero si la Iglesia, en tanto que fuerza educadora se pone de parte de los pobres y contribuye a un cambio social, entonces se convierte en un elemento decisivo...».

«La democracia cristiana —añade el doctor Frei— debe romper con las fuerzas tradicionales. Debe ser capaz de pasar al campo popular y con-

vertirse en el antagonista del comunismo a nivel popular, no para practicar una política anticomunista puramente verbal, que hoy no impresiona a nadie, sino para construir un sistema que pruebe al pueblo que existe un medio distinto del comunismo y más democrático que él para realizar el desarrollo económico y practicar la participación popular en la vida social y en la vida política...».

una enorme tarea

Desde un cierto punto de vista, las tensiones sociales son menos agudas en Chile que en otros países de América latina. Pero la tarea es enorme y, a pesar de que la toma de conciencia de la Iglesia haya favorecido la aparición de un partido demócrata cristiano joven, dinámico y audaz, la batalla contra la miseria y contra el ascenso de las fuerzas revolucionarias marxistas, está muy lejos de ser ganada.

Los obreros y los campesinos representan cerca del 90 por ciento de la población. No reciben más que el 46 por ciento de la renta nacional. Dos tercios de chilenos viven con menos de 2.400 pesetas anuales, mientras que el 50 por ciento de la renta es acaparado por la décima parte de la población. Un cuarto de millón de chilenos se encuentran en paro y, por lo menos, otros tantos no trabajan más que ocasionalmente por salarios irrisorios.

En las «callampas» se amontona una humanidad cada vez más densa y desesperada procedente de las zonas campesinas, subexplotadas y expoliadas por el feudalismo agrario heredado de la época colonial. Dos mil ochocientas propiedades sobrepasan el millar de hectáreas y ocupan el 75 por ciento de la superficie cultivable. Mal repartida y mal trabajada, la tierra chilena, que se puede comparar por su riqueza y generosidad a la de California, no es suficiente para cubrir las necesidades. «De 1943 a 1959 —ha dicho Eduardo Frei— hemos gastado mil doscientos veintidós millones de dólares en adquirir en el exterior productos alimenticios. Esos dólares nos eran cruelmente necesarios para adquirir las máquinas imprescindibles para nuestro desarrollo...».

El problema de la lucha contra la inflación galopante no ha cesado de obsesionar a los dirigentes chilenos desde hace treinta años. Por otra parte, es necesario construir 600.000 viviendas para hacer frente a la explosión demográfica

Las masas obreras chilenas, como las de todos los países iberoamericanos, buscan una solución a los planes de explotación a que se ven sometidas. Eduardo Frei, desde su ideología cristiano demócrata, les ofrece un camino a seguir.





El reciente viaje del Presidente Frei a Europa culminó con su visita al Vaticano, donde fue recibido por Pablo VI, que le alentó en su obra reformadora.

que lanza cada año 100.000 nuevos chilenos sobre un mercado de trabajo necesario.

El cobre representa la riqueza número uno del país y la producción minera asegura el 75 por ciento de sus divisas. Chile tiene, como consecuencia, una economía muy frágil y la lucha contra los monopolios extranjeros del cobre, que han obtenido en el curso de los treinta últimos años un beneficio de 2.000 millones de dólares, es igualmente el imperativo y el corolario de toda tentativa realmente revolucionaria para liberar al país de esta situación absurda y debilitante.

Eduardo Frei desea avanzar rápido. Puede contar en principio con un parlamento dispuesto a votar rápidamente los proyectos de ley del Gobierno y el Ejército parece permanecer fiel a su tradición de no intervención en los asuntos públicos.

la reforma agraria, prueba número uno

Su programa es completo y racional. Afecta a todos los sectores, donde parecen necesarias imprescindibles reformas de estructura. El programa se propone el acceso a la propiedad agrícola de 100.000 obreros en seis años. Se está po-

niendo a punto un amplio plan de construcción: 360.000 viviendas en cinco años para terminar con las «callampas» de Santiago y de otras tres ciudades en las que vive el 70 por ciento de la población chilena. Ha comenzado la «chilenización» del cobre mientras que nuevos acuerdos de cooperación, concertados entre el Estado chileno y las sociedades de explotación norteamericanas, son criticados a la vez por los círculos de negocios chilenos y por los dirigentes de la izquierda, que reclaman una nacionalización real.

Estos últimos estiman, no sin cierta apariencia de razón, que los acuerdos concluidos amenazan en lo inmediato con costarle todavía más caro al Gobierno. «Contamos con el porvenir —responde Frei— y con el aumento considerable de la producción. Venderemos no importa dónde y sólo en función de los intereses chilenos...».

La reforma agraria es la prueba esencial del «new deal» chileno; de su éxito o de su fracaso dependerá en definitiva el triunfo de la experiencia demócrata cristiana y de sus posibilidades de expansión en el resto de América Latina.

El proyecto de reforma agraria no ha sido debatido todavía por el Congreso. Pero la controversia ha estallado ya entre las filas cristianas.

Un grupo de universitarios, reunido en torno

a la revista católica «Fiducia», ha dirigido un «respetuoso comunicado» al Presidente Eduardo Frei para criticar el proyecto de enmienda del párrafo décimo del artículo décimo de la Constitución. Esa enmienda debe permitir al Estado proceder a expropiaciones a fin de acelerar la reforma agraria. Los ochocientos firmantes (la mayoría de ellos jóvenes estudiantes pertenecientes a la burguesía conservadora, cuyos jefes no han querido tomar la responsabilidad de la iniciativa) protestan contra la eventual «supresión de la garantía de inviolabilidad del derecho a la propiedad privada». La comunicación concluye: «La Iglesia no puede, en ningún caso, pactar con un régimen que atenta al derecho de propiedad; ese régimen se sentirá obligado, para alcanzar sus fines, a atentar también contra los derechos de la Iglesia y de la libertad de cultos...».

La tesis es vivamente combatida por los dirigentes de la Acción Católica, pero ha encontrado el apoyo de monseñor Alfredo Cifuentes, arzobispo de la Serena. Tales actitudes discordantes en el seno del propio campo son en lo inmediato más peligrosas para la política de «new deals» del cristiano de Frei que las amenazas de la derecha y de la izquierda.

M. N.